

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Teatro del Balon, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Cuatro observaciones dirigidas á los firmantes de cierto remitido inserto en El Guadalete del último Domingo, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Redencion, por M. Octavio Feuillet, conclusion.* = *El arco de Fiorillo, por D. Juan Ramon Igualada.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

TEATRO DEL BALON.

CONCIERTO DE ARTISTAS ITALIANOS.

Con extraordinaria concurrencia, animacion mucha y calor sofocante han tenido lugar en el Balon dos conciertos, en los que han tomado parte algunos artistas italianos, procedentes, segun creemos, de la compañía que acaba de actuar en Sevilla. De esta funcion nos proponemos decir dos palabras.

Despues de una pícara pieza titulada *Malas tentaciones*, comenzó la parte lírica por el aria de barítono de *Lucia de Lammermoor*, cantada por el Sr. Celestino con singular afinacion y bravura. Este artista, ya de antes conocido y apreciado en Cádiz, vale sin duda hoy harto mas de lo que valia entonces. Su voz llena, rotunda y melodiosa ha recibido del estudio y de la práctica los quilates que pudieran faltarle, y no recordamos haber oido nunca aquella magnífica pieza, aquella joya del arte, tan bien cantada como la oimos la noche del sábado. El escogido público que asistia á la egecucion aplaudió con entusiasmo. La obra maestra del gran Donizzeti dejó en nuestros oidos esa dulce, esa grata, esa apacible sensacion que siempre produce la música verdaderamente buena, y que se saborea tanto mas cuanto se ha estado mas tiempo privado de ella.

Siguió á esta la conocidísima aria de Fíga-

AGOSTO.

ro, cantada por el Sr. Nottoli, quien estuvo poco feliz al elegirla, puesto que ni nos podia ofrecer con ella una novedad, ni son sus medios para tanto. Como caricato nos agradó despues en el duo de *El elixir de amor*, y en esta cuerda creemos que parecerá siempre bien.

Con el ya citado Sr. Celestino cantó un duo de *Las víspersas sicilianas* el tenor Mazzoleni, de buena y noble figura, de voz estensa, aunque de timbre agudo y poco grato. Es una de aquellas voces á que es necesario acostumbrarse, pero una vez logrado, el Sr. Mazzoleni agrada mucho, porque sus puntos altos son valientes y porque sabe cantar. Pruébanlo esto los extraordinarios aplausos que alcanzó la segunda noche, con haber sido grandes la primera.

La Sra. Ortolani cantó por primera pieza la grande escena y aria de *La Traviata*. Dice bien, canta con sentimiento, con espresion y con buena escuela. Su voz es de escasa fuerza y de regulares dimensiones, aunque agradable en todos sus puntos; en suma, compartió con sus compañeros los muchos aplausos que se tributaron á estos restos de una compañía, que sin ser de las de primer orden, segun lo que podemos juzgar, habrá bastado para dar ratos muy buenos á los sevillanos, á poco que la eleccion de las obras puestas en escena haya sido acertada. Al cabo habrán oido cantar, habrán oido verdadera música, habrán recreado en fin sus oidos con las portentosas creaciones de Donizzeti, de Verdi y de Bellini.

Cantóse tambien un aria de *El Trovador* por el Sr. Mazzoleni, otra de *Attila* por el Sr. Celestino, el ya citado duo de *El elixir de amor* por la Sra. Ortolani y el Sr. Nottoli, y el cuarto acto de *La Traviata*, principiando por el dueto.

Todas estas piezas fueron aplaudidas, habiéndose hecho presentar de nuevo en la esce-

na á los cantantes despues de la mayor parte de ellas.

Este éxito tan unánime, estos aplausos tan estrepitosos, este empeño con que se arrostró por el público un calor que hubiera bastado para sacar pollos, y las especiales condiciones de aquella concurrencia, podrian ponernos en camino de hallar ciertas deducciones relativas al verdadero gusto del público de Cádiz. Pero no nos entretendremos en eso porque no pensamos ser empresarios ni para el año próximo ni para nunca. Este estudio corresponde á los que pretendan serlo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Cuatro observaciones dirigidas á los firmantes de cierto remitido inserto en *El Guadalete* del ultimo Domingo.

A todo aficionado á danzar se le van los pies hácia donde quiera que oye rascar en un violín la Polka ó la Shottisch, y eso aunque nadie le haya convidado al baile. Esto es lo que nos sucede á nosotros tan luego como oímos hablar de teatros ó cuando leemos algo que á ellos atañe. En gracia de nuestra probada afición, esperamos que los Sres. abonados al teatro de Jerez que suscriben cierto artículo inserto en el acreditado periódico de aquella ciudad *El Guadalete*, nos permitirán soliloquear un rato breve acerca del asunto que motiva sus quejas.

Desde luego no se nos tendrá por sospechosos en la materia. Notorio es el empeño con que procuramos reducir los teatros á las verdaderas condiciones del arte, y nadie ignora cual es nuestra opinion respecto á ese género híbrido llamado zarzuela, que saliéndose del círculo de su verdadera importancia y subiéndose á mayores, merced á un capricho de los públicos, ha invadido todo y todo lo ha asolado, cayendo sobre los repertorios como plaga de langosta. Pero mientras llega el día en que la zarzuela, reducida á sus naturales proporciones, constituya un espectáculo aceptable y que no monopolize á los demás, ello es que las empresas han de buscarlas como género esclusivo, toda vez que es lo que les proporciona unos ingresos que hoy en vano pedirían al drama, á la comedia ó á la ópera italiana.

Ahora bien, para cubrir las necesidades de tantos teatros, seria necesario que los cantantes brotasen de la tierra como las mieses,

porque aunque la masa entera de los actores de España se ha lanzado á las corcheas y á los bemoles con un furor que solo se explica por el mayor sueldo de sus contratas, todavía no hay donde escoger, y aun escogiendo mucho, poco será lo bueno, y siendo bueno ha de costar un ojo de la cara. No hay sino volver la vista al teatro Principal de Cádiz para comprender, no todo lo que vale, sino todo lo que cuesta cada fermata que sale de una laringe con ínfulas artísticas.

Toda vez que zarzuela se quiere y zarzuela se busca, parécenos que aquellos señores abonados se muestran sobrado exigentes y descontentadizos respecto á algunas de las partes que componen la compañía que por lo visto se prepara á actuar en aquel coliseo, compañía que ha pocos meses trabajó allí con notable aplauso, segun voz pública, y eso que ahora ha sido mejorada con la adquisicion de nuevos cantantes que han alcanzado en otros teatros de no leve importancia un éxito satisfactorio.

El Sr. Santes, por ejemplo, á quien allí se le llama en son un tanto sarcástico, *digno sucesor del Sr. Agostini*, y á quien se le asegura será mal recibido, es un tenor de indisputable mérito en su género, y que tal como es quisiéramos se nos señalase en la baraja de los tenores de zarzuela media docena que valiesen mas de lo que él vale. Los firmantes dicen que lo conocen personalmente, pero no dicen que lo han oido cantar, en cuyo caso espresarían siquiera una opinion propia, aunque siempre aventurada, porque por mucho que represente no representa la del público entero, que no les ha dado poder para tomar su nombre, y que querrá, y con razón, juzgar cuando llegue el caso, sin que nadie se tome la oficiosidad de prevenirle en favor ó en contra de un artista. ¿En qué lugar quedarán si ese mismo público, no conformándose con su terminante anatema, aplaude como es probable, al tenor?

Esceptúase de la proscripción general á la señorita Imperial. Habria sido injusto lo contrario. Esta jóven es una buena actriz, lo cual ya no es poco, tiene una agradable figura, y es además una muy regular cantante. Echen los remitentes una mirada por esos teatros de España, y díganos luego lo que han encontrado para sustituirla.

Tenemos entendido que el Sr. Escriu hace parte de la compañía como bajo. ¿Tambien les parece mal el Sr. Escriu?

¿Y el Sr. Caballero, cómo es que tan pronto ha perdido su prestigio en aquel teatro, donde segun noticias era no ha tres meses el niño

mimado? ¿Qué se ha hecho del retrato del lego de *Los Magyares*?

Bien es que se quiera algo mejor respecto á ciertas partes, bien es que se exija que la orquesta, que el servicio, sean tales cuales merece el teatro de una ciudad de la importancia de Jerez; pero de esto á lo otro va mucha distancia, y ya que, como dijimos antes, se quiere zarzuela, no se pidan á la zarzuela gollerías, porque ella no las puede dar. No se lamenten de las escenas de *gatomáquia*, porque en todas partes se suele maullar, y aun por gargantas muy pretenciosas. El mal está en el género; el mal está en que no hay artistas educados para él, y no es posible fingir cantantes como se fabrican alcarrazas ó pucheros; el mal está, en fin, en que la zarzuela es el *oidium* de los teatros y ha hecho subir exorbitantemente los precios del fruto.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

REDENCION.

POR

M. OCTAVIO FEUILLET.

(CONCLUSION.)

„Nombro testamentarios á Mauricio Eckler y al señor cura de San Estéban.“ (*Firma, cierra el testamento y pone su sello.*)

Ahí está la historia.—¡No se charlará poco mañana en el teatro! (*Un criado abre la puerta y anuncia á Mauricio.*)

MAGDALENA.

Ah! que pase.

MAGDALENA, MAURICIO.

Con que habeis querido venir?

MAURICIO.

En persona.

MAGDALENA.

Muchas gracias: confieso que la hora no es propia de visitas. Sabeis de lo que se trata?

MAURICIO.

No por cierto.

MAGDALENA.

Me han mimado tanto, que no sé resistir á los caprichos. Parece que sois un músico consumado y he deseado oiros... ¿Quereis sentaros al piano?

MAURICIO.

Con mucho gusto.

MAGDALENA.

No... no es eso... y como no es eso, quiero preguntaros lo que puede ser... Sentaos ahí. (*Le señala un sillón en frente de ella junto á la chimenea.*) Respondedme.

MAURICIO.

Me poneis en un apuro.

MAGDALENA, riendo y dejando caer su mano sobre su rodilla.

Pondria esta mano en el fuego á que me creéis enamorada de vos.

MAURICIO.

Ello es que me estrañaria, pero todas las apariencias lo indican así.

MAGDALENA.

Bien... ¿entonces habeis alcanzado vuestros deseos?

MAURICIO.

Mis deseos!

MAGDALENA.

¿Me tomáis quizá por una idiota? ¿Quereis que os descubra punto por punto toda vuestra trama? Hace mucho tiempo que si no me amais, por lo menos quereis alcanzar mi conquista: vuestra vanidad, que no es grano de anís, quedaria satisfecha con semejante triunfo. Ahora bien; hacer la conquista de una mujer como yo, cuando el pretendiente no es un grande hombre, ni un hombre rico, ni un arrogante mozo... pues no lo sois...

MAURICIO.

Ciertamente.

MAGDALENA.

No sois feo, pero no sois hermoso... hacer mi conquista digo, cuando se tienen por rivales los personajes mas ilustres de la corte, cuando solo se cuenta para seducir con un talento algo estrambótico y ciertos conocimientos musicales no demostrados aun... ¡era una empresa regular, á fe mia! Pero hé aquí que la astucia se coloca en el lugar de la fuerza... en vez del leon el zorro... sin poder dar un asalto se abre una mina... se difama por todas partes el objeto de tanto deseo... se afecta evitar á la que busca todo el mundo... se declaran sus vicios, se niega su talento... se la llama vampiro... se ostenta un puritanismo desdeñoso esperando que por fin la fatiga, la curiosidad,

la molestia valdrán mas que el mérito positivo, y que llegará un dia en que la dama podrá decir bostezando: "¿Pero quién es pues ese caballero?"

MAURICIO, *saludando*.

Y ha llegado ese dia?

MAGDALENA.

Sí señor: el sistema era excelente; solo que os habeis engañado en punto al sentimiento que debia producir. Supongo que me comprendeis, y que en adelante me acordareis al menos una virtud, la generosidad... La leccion que os doy aquí á solas, os la habria podido dar públicamente, y no lo he hecho porque no he querido trataros como un hombre de quien una se venga, sino como un niño rebelde y mal educado que está en edad todavía para corregirse.

MAURICIO.

Quisiera ser capaz de la perseverancia heroica que me suponeis... pero os confieso que la aplicaria á un objeto... diferente.

MAGDALENA.

Ultrajar no es responder; y en todo caso ultrajar á una dama no es propio de un hombre.

MAURICIO, *levantándose*.

Perdonadme, Magdalena: muy lejos está de mi mente el ofenderos... pero quizá debeis tolerar un poco de mal humor en un hombre á quien despiertan á las dos de la mañana para hacerle sufrir una ejecucion tan mortificante como inesplicable.

MAGDALENA.

Inesplicable! ¿Es verdad, sí ó nó, lo que os he dicho? ¿Me habeis llamado vampiro? ¿Me habeis evitado?... ¿Por qué evitarme? ¿Es natural en vuestra edad?... ¿Y por qué os ocupabais de mí? ¿Quién os dió semejante encargo?... Vamos, confesadlo francamente... Me amábais... y os prometiais alcanzar mi amor á fuerza de extravagancias.

MAURICIO.

Voy á ser franco, pues. No os amo, Magdalena; sois sin duda lo que han querido que seais muchas circunstancias independientes de vuestra voluntad; pero de todos modos, la desgracia mayor que podria sobrevenirle á un hombre honrado seria el amaros. He querido evitar tal infortunio á los dos seres que mas me interesan en el mundo, al conde Juan y á vuestro servidor. Hé ahí la explicacion de mi

sistema; he querido alejar al conde de vuestro lado: y por lo que á mí toca, os evité, pues no habia vivido ni sufrido aun bastante en aquel tiempo para estar seguro de mí como lo estoy en el dia.

MAGDALENA.

Segun eso ¿estábais enamorado de mí definitivamente?

MAURICIO.

No, pero tenia miedo de estarlo.

MAGDALENA.

Nada significa esa distincion... el amor existe ó no existe.

MAURICIO.

El amor es un poco como el cólera: todo está en acudir á tiempo.

MAGDALENA.

Perdonadme mi curiosidad; pero no concibo lo que un hombre como vos habria podido hallar en mí.

MAURICIO.

¿Soy ciego, Magdalena? ¿Qué criatura en el mundo se vió dotada como vos, sin reserva, sin medida, de todos los hechizos que pueden cautivar á un hombre? ¿Hay una gracia que os falte?... Si la eterna juventud tomara una forma mortal, tendríais una hermana, Magdalena, pero una rival, no!... Hé ahí lo que habria podido amar en vos... hé ahí lo que he maldecido muy á menudo... ¿Era por despecho, era por celos?... Lo ignoro; pero en presencia de esa creacion tan perfecta y tan ingrata, tan divina y tan decaida, al ver ajados y arrojados al viento sin misericordia tantos dones que solo os servian para ofender al que quiso prodigároslos, esperiménté á veces por vos un sentimiento parecido al odio... por esto han podido escaparse de mis labios algunas palabras amargas respecto de vos...

MAGDALENA.

Sois devoto?

MAURICIO.

Tengo principios religiosos y creo en el deber...

MAGDALENA.

Me reconocísteis en la iglesia?

MAURICIO.

No en el primer momento; pero despues supe quien érais.

MAGDALENA.

Qué pensásteis iba yo á hacer allí?

MAURICIO.

Nada: íbais á cambiar de aire.

MAGDALENA.

Efectivamente. (*Se levanta y anda por el cuarto.—Después de una pausa.*) Y si quisiera cambiar de vida, qué diríais?

MAURICIO.

No me sorprendería que os hubiese ocurrido tal idea. Llega un tiempo en que las mujeres honradas sufren la tentación del mal y en cambio las otras tienen sus crisis de virtud; pero perderse es mas fácil que salvarse, y esos caprichos de honradez no son mas que comedias que divierten un momento.

MAGDALENA, poniéndose de repente delante de él.

Y si os amara yo, Mauricio, ¿sería también comedia?

MAURICIO.

Quizá.

MAGDALENA.

Y si me viérais cargada de vergüenza y de pesar por faltas menos graves y menos numerosas de lo que suponeis... ¿diríais que todo es comedia?

MAURICIO, en voz baja y triste.

No sé.

MAGDALENA.

Sois duro... sois injusto... (*Se apoya en el respaldo del sillón donde está sentado Mauricio.*) No teneis idea ninguna de mi vida... no hay un gran mérito en ser una mujer de bien cuando la mujer ha sido educada en una buena familia... por una buena madre... La mía era gitana, gitana de veras que corría por los lugares representando sainetes... tenía muchos celos de mí y me pegaba cuando me aplaudían: hé ahí las primeras lecciones de moral que recibí... salvo las otras que son por el estilo... He nacido en las tablas, nunca leí otra cosa que comedias, ni gramática, ni catecismo. Si no soy la última de las ignorantes y de las mujeres perdidas, lo debo únicamente al temple de mi alma... A fuerza de paciencia he aprendido lo poco que sé; pues el día en que ví claro en la vida, Mauricio, conocí que para no morir desesperada no me quedaba mas que un refugio, el talento, la reputación,

la gloria quizá!... Pensaba que esto bastaría, que esto podría reemplazar todos esos dones que son el patrimonio de todas las mujeres y que la suerte me ha negado á mí, la intimidad de la familia, los dulces hábitos del hogar doméstico, los dolores benditos de las madres... Mauricio, me habia engañado; nada... nada reemplaza todo eso... No podeis figuraros, amigo mio, lo que siento aquí cuando veo á una madre que lleva á su hijo de la mano, y cuando veo que la gente la sonríe con respeto...

MAURICIO.

Si habla vuestro corazón, Magdalena, injusto he sido, es verdad, y os suplico que me perdoneis...

MAGDALENA.

¿Lo dudais, Mauricio? ¿No veis que estoy rendida? Hace ya largo tiempo que esa tempestad ruje y me amenaza. Al fin ha estallado... sí, hace mucho tiempo... pero continuaba viviendo por rutina... ahora no puedo mas.... (*Se sienta.*)

MAURICIO.

Magdalena, es una crisis que pasará; creedme...

MAGDALENA.

No, no; tengo que detenerme aquí; no importa cómo. Si nó, merecería la opinión que os habeis formado de mí; tendría que llenar á fuerza de locuras y de infamias el abismo que veo abierto delante de mí... Si un hombre de bien no me tiende la mano, se acabó todo.... estoy perdida, perdida sin remedio... No debo disimular con vos, Mauricio, respondedme con lealtad: quereis amarme? podeis amarme?

MAURICIO.

Hablaís seriamente?

MAGDALENA.

No lo dudeis, Mauricio.

MAURICIO.

Escuchadme pues: la idea de llevar al bien á una mujer estraviada y digna de amor, es de todas las ilusiones la mas comun quizá, la mas generosa y la mas ilusoria. A menudo se acomete la empresa que á menudo también concluye con una carcajada. Comprendo la inutilidad de esos esfuerzos, porque no ignoro cuantas condiciones serian necesarias para llevarla á buen fin; no ignoro cuanta ternura, cuanto valor y bondad debería encontrarse para esto en el corazón de un hombre, y cuan-

ta resolucion y grandeza de alma deberia hallarse en el de la mujer: no me hago ilusiones; este amor de redencion es un sueño, es casi un imposible. Además, yo soy egoista, y he comprado bien caro mi egoismo para que quiera desprenderme de él con facilidad; le he pagado con tantas noches de insomnio, tantas amarguras, tantas lágrimas, que tengo derecho para escudarme con él con una especie de orgullo, sin abandonarle en favor de nadie. Ahora bien; amaros seria entregarme de nuevo para siempre quizá á las agitaciones y á las borrascas de que apenas acabo de salir, y Dios sabe como. Y sin embargo, Magdalena, para salvar ó solo para impedir que se degrade todavía el alma privilegiada que resplandece en vuestros ojos, para conservarla digna de esa forma adorada, encantadora, que tengo en mi presencia, intentaria lo imposible, me abandonaria al sufrimiento... me entregaria á esa obra de amor con entusiasmo... consagraria á ese deber... qué digo?... á esa pasion cada uno de mis pensamientos, cada latido de mi corazón... Sí, Dios sabe que nada me detendria; que nada me haria vacilar ni palidecer en el umbral de esa via, dolorosa quizá, pero sublime, si no debiera seguirme por ella paso á paso un eterno fantasma, la desconfianza!

MAGDALENA.

Gran Dios! no me creéis?

MAURICIO.

No os creo, y por eso no puedo amaros.

MAGDALENA.

Despues de lo que he dicho! ¿Pero qué interés me suponeis en engañaros? ¿Qué puedo esperar de vos?

MAURICIO.

Lo ignoro: os resisto y quereis que ceda; es una tentacion mas en vuestra vida. En fin, habeis tenido amantes, qué les deciais?

MAGDALENA.

Nada de lo que os he dicho.

MAURICIO.

He oido repetir á un hombre que ha sido vuestro amante, que en la intimidad sois una mujer muy sentimental... Qué le deciais á ese?

MAGDALENA.

Ah! Mauricio, si os amo, cuánto debo sufrir!

MAURICIO.

Magdalena!

MAGDALENA.

No merezco ese ultraje. (*Despues de una pausa.*) ¡Cuánto daria por ser la Margarita que habeis amado y que ha muerto llorada por vos! ¿Con que no me creereis nunca? Ah! Mauricio, si en realidad hay otra vida y allí nos encontramos, os arrepentireis... Entonces conoceréis que os digo la verdad.

MAURICIO.

Teneis razon, pobre mujer. Solo cuando la muerte haya pasado sobre nosotros, no quedará duda ninguna ni sobre vuestro amor, ni sobre ninguna cosa. (*Se levanta.*) Que esta escena sea verdadera ó fingida, os hace tanto daño como á mí.

MAGDALENA, echándose á reir.

Ja! ja! ja! sois una peña. No me lo habria figurado nunca. Pues bien, ahora que todo está concluido, os voy á decir que no sois tonto, no os engañarán las mujeres. Y con esto, buenas noches, ó buenos días, pues si no me engaño ya resplandece la aurora. Oh! mi garganta se abrasa... doce horas hace que estoy hablando... bebamos.

(Se acerca á un velador, toma un vaso y lo llena de agua. Mauricio se pone á hojear un libro que está sobre la chimenea; Magdalena le ve en un espejo. Saca de su seno el pomito de Zafara, le vacia en el vaso, y luego le esconde con precipitacion: entonces se vuelve á Mauricio con el vaso en la mano.)

MAGDALENA.

Quereis beber, Mauricio?

MAURICIO, dando un paso hácia ella.

Sí, venga.

MAGDALENA, riendo y acercando el vaso á sus labios.

No, no, os mandaré traer agua con azúcar: este es un medicamento para las cólicas. (*Se bebe el vaso de una vez; Mauricio corre á ella, la coge la mano y clava la vista en sus ojos. Magdalena añade sonriendo con delirio.*) He bebido la muerte: me crees ahora?

MAURICIO.

No es la muerte, es la vida, es el amor, es tu salvacion... Te amo! (*Magdalena con los ojos fijos le mira sin comprenderle.*) Yo estaba en casa del judio; lo sé todo... cogi el veneno durante la cena... lo que has bebido no es nada.

MAGDALENA, *lanzando un grito.*

Ah! Mauricio! salvado!... (*Cae desfallecida sobre un sillón.*)

MAURICIO, *inclinándose hacia ella.*

Sí, te creo, te amo!... Une para siempre mi mano con tu mano, mi alma con tu alma... Nada temas... ninguna esposa recibió jamás de un hombre al pie de un altar mas respeto, mas fe que ahora te consagra tu amante á la faz del cielo. (*Las facciones de Magdalena se alteran por grados.*) Animo... querida Magdalena!

MAGDALENA, *con voz débil.*

No, no, Margarita... soy tu Margarita adorada... (*Se desmaya.—Cae el telón.*)

CARTA.

Al Sr. Miller, cura de San Estéban.

„Creo en Dios, en su bondad, en su poder y en su misericordia.

MAGDALENA.”

FIN.

EL ARCO DE FIORILLO,

Fiorillo era un célebre violinista italiano de grande habilidad y que carecia absolutamente del excesivo amor propio tan comun á sus compatriotas. Vivía en Londres á fines del último siglo, en cuya ciudad habitaba tambien el baron de Bayge, hombre tan escesivamente aficionado á la música que en todo la encontraba: si oía rechinar los goznes de una puerta, mayar un gato ó disputar acaloradamente en una calle, al momento sacaba su libro de memorias y apuntaba las inflexiones músicas correspondientes; no habia en la ciudad vendedor ambulante cuyo grito peculiar no se hallase reproducido en la coleccion del baron. A pesar de esta afición á la música; de los muchos maestros que tuvo y de las tres

horas diarias que dedicaba al estudio del violin, nunca pudo conseguir tocar con afinación; pero su mano armónica á lo que mas se resistía era á los bemoles. Fiorillo que era á la sazón su maestro, se desesperaba y no sabia que hacer con su discípulo. Un día arrojó este encolerizado el violin exclamando:

—Bastante he aguantado.

—Qué decís, milor? preguntó el maestro.

—Digo que estoy resuelto á hacer una moción á la alta cámara para que prohiba, bajo la pena de una fuerte multa, á todos los compositores de música emplear bemoles en sus composiciones.

—Graciosa proposición! exclamó Fiorillo riendo á carcajadas.

—Por lo menos moral, señor mio; exclamó el baron con dignidad. Tenemos una ley contra los juramentos, y no hubiese yo faltado á ella tantas veces si no existiesen los bemoles.

Después de tres años de un estudio tenaz, logró el baron tocar medianamente un solo Jarnovich, menos los bemoles; y entusiasmado con este resultado, dijo á Fiorillo que queria dar á sus amigos una muestra de su habilidad, y que le encargaba tomase sus disposiciones para celebrar un concierto en el sábado próximo. Pasáronse, pues, esquelas de convite á los príncipes de la familia real, presidentes de ambas cámaras, corregidor de la ciudad y grandes dignatarios del Reino-Unido, los cuales, como conocedores de la originalidad del baron, aceptaron con maliciosa prevención el convite. Llegó el día del concierto, y Fiorillo pensativo en extremo, se hallaba completamente alterado, sombrío y meditabundo.

—Qué teneis, mi querido maestro? le preguntó miss Betty, sobrina del baron.

—Ay! señorita, contestó el profesor. Su Gracia va á comprometer esta noche los veinte años de una profesion honrosa.

—Vuestra reputacion está bien asegurada, no os apesadumbre eso, creedme; si se rien, reiros; el triunfo ha de ser esta noche del que mas se ria.

A pesar de los consejos de miss Betty, asistió al ensayo trémulo de miedo: el baron llegó con la mayor tranquilidad, subió al sitio destinado para los que habian de ejecutar los solos, y sin aguardar á que empezara el tutti, rascó desesperadamente las cuerdas de su violin. Aquello fué una trapiconda, un desconcierto general; pero los músicos que estaban pagados para adular aplaudieron estrepitosamente.

Todo habia ido bien hasta entonces; pero llegada la hora del concierto, observó el baron entre la concurrencia al hermano del rey, pri-

moroso violinista, y á la duquesa de Cambridge, que pasaba por la primera música de su época. Tembló de terror el baron, y fué á buscar aceleradamente á Fiorillo; este habia desaparecido.

—Pues señor, no hay remedio, dijo el baron; hay que tocar, suceda lo que quiera; y puesto que mi maestro me abandona en tan críticos momentos, me vengaré de su abandono tocando con su arco.

Llegó la hora del concierto, que dió principio con un magnífico coro de Handell; desahogado con acierto y maestría. Siguieron despues dos composiciones del célebre Paisiello, y el orden de la fiesta señalaba en seguida el solo del baron. Presentóse temblando, hizo un respetuoso saludo, y la orquesta empezó el tutti que precede á toda pieza destinada á que un aficionado luzca sus primores. El baron ejecutó con una seguridad admirable la introduccion de su solo: la asamblea que habia asistido con intencion de reirse, quedó sorprendida al oir tan brillante ejecucion: levantáronse entusiastas gritos, vítores y repetidos aplausos, y agitóronse violentamente los pañuelos en honra del baron, que ignorando lo que le sucedia temblaba sudando á mares.

Al dia siguiente el ayuda de cámara al hacer la limpieza de los instrumentos de música, notó que las cerdas del arco estaban llenas de sebo. Sorprendido se lo presentó á su amo, que admirado á su vez llamó á Fiorillo.

—Ahí tienes el arco que tan bien me ha servido anoche; ruégote me lo dejes como un grato recuerdo, y admitas en cambio este corto obsequio.

Al decir esto le entregó el documento de un vitalicio de cien libras esterlinas.

—Pero ¿cómo se halla este arco de este modo?

Fiorillo bajó su cabeza y no contestó.

—Mi querido tio, respondió entonces miss Betty; vuestro maestro se escondió anoche detrás de un biombo, y fué quien tocó mientras vos manejabais con tanta maestría su arco untado de sebo.

—Pues mirad si estaria anoche fuera de mí, que creia firmemente ser yo quien ejecutaba tan sorprendentes primores.

JUAN RAMON IGUALADA.

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a R. L. de R.: *Arbucias*.—Queda renovada su suscripcion.

Sra. D^a I. B.: *Villagarcía*.—El dia 10 se le ha duplicado el número que pidió en la suya del 1^o del que rije.

Sr. Don F. de C.: *Jaen*.—El dia 10 se le han remitido los dos ejemplares del 1^o de Enero de este año para los Sres. Don A. M. y Don J. M. M.

Sr. Don J. A.: *Almería*.—Queda variada la direccion.

Sres. Don J. S. y Don E. de S.: *Barcelona*.—Id.

Sra. D^a A. C.: *Valladolid*.—Se han recibido los sellos para el pago de su suscripcion hasta fin del presente.

Sra. D^a Y. U. y U.: *Calahorra*.—El dia 12 se le ha duplicado el cuaderno de este mes. En el patron de Setiembre encontrará V. el nombre que pide.

Solucion del geroglífico anterior.

La muerte arrebató igualmente á todo el mundo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

